



## EL ARCHIVO DE UN SOÑADOR

Javier Casis  
Huerga y Fierro editores  
Año 2002  
187 páginas

Si tuviera que elegir una ilustración de portada para la última obra de Javier Casis, sin dudar lo escogería algún cuadro del pintor belga Rene Magritte (1898-1967). Alguno de esos extraños cuadros suyos en el que aparece un individuo circunspecto y convencional, tocado con un sombrero hongo, que tiene la cualidad de congelarnos el resuello durante segundos en virtud de

quién sabe qué misteriosa capacidad del artista de suscitar nos curiosidad, sorpresa, desasosiego y, en ocasiones, un brevísimo e intenso latido de espanto.

También cuando Casis amaga con abordar una historia trivial y previsible, deberíamos -como pasa con Magritte- prepararnos para el sobresalto. Cuando aparenta recrearse en la descripción de un espacio burgués habitado por gentes burguesas sin aparente historia, es precisamente cuando se dispone a dar el quiebro imprevisible y fascinante.

Alguien que fuera dado a establecer compartimentos estancos podría ubicar las narraciones cortas de Javier Casis en el muy transitado espacio de las historias góticas. Su recurrente apelación a ámbitos, personajes y situaciones claramente inspirados en la literatura inglesa del siglo XIX puede inducir a esa adscripción.

También el muy británico "atrezzo" que el autor suele desplegar para vestir sus historias -los muebles, los objetos, los jardines, hasta las firmas de los cuadros que pueblan sus ficciones- contribuyen a acrecentar tal sensación. El permanente recurso literario a la mención de autores anglosajones románticos o postrománticos -Poe, Melville, Bronte, Austen, Hawthorne, Conan Doyle, Stoker, Dickens, ...- sugiere la existencia de zonas de tiniebla, de desazón y de misterio.

Algo, no obstante, impide que esa clasificación nos parezca exacta: En primer lugar habría que esperar a que Casis aborde por primera vez una narración de extensión media o larga para apreciar si sus materiales y técnicas narrativas se acomodan a los cánones del género gótico. Pero por otra parte -y al margen de que el autor quiera o no fajarse alguna vez con una historia larga- ya podemos apreciar en este su tercer volumen de narraciones cortas ciertas constantes estilísticas que lo liberan de un posible encajamiento en aquel subgénero tardorromántico.

Hay en su escritura una sutil capacidad de distancia que es más una autoexigencia de modernidad que la simple puesta al día de una determinada forma de narrar. Ante la obra de Casis no nos hallamos ante un rebrote actualizado de lo gótico literario, si bien bebe sin duda de esa fuente. Casis se sirve de tal andador narrativo para conducirnos al terreno que a él le interesa. El de lo surreal, lo mágico, lo que carece de explicación. Por otra parte, la confirmación a lo largo de sus tres títulos publicados de muy pecu-

liares registros expresivos, que sin duda ya hoy constituyen estilo -su estilo-, poco o nada se aviene con el añejo repertorio desplegado por los maestros históricos del género gótico.

El constante guiño cinéfilo, por ejemplo -que ya en este tercer libro se incorpora plenamente al código de señales de este autor-, contribuye esa distancia antes apuntada y se muestra como elemento estilístico personalísimo, pleno de desparpajo literario y no exento de un fino sentido del humor. Básicamente consiste en remarcar el parecido físico o el aire de uno de sus personajes con uno de los grandes actores del repertorio clásico del cine inglés. Así evita prolijas y retóricas descripciones del sujeto, pues ya sabemos que éste se parece a Rathbone o a Mason, o se da un aire a Bogarde o a Niven... Acto seguido el personaje pasa a desenvolverse bajo la advocación del actor; es decir, pasa ser Basil o Dirk, o James o David. Un sutil lazo de complicidad ha sido establecido con quienes, como yo, están enganchados, incluso sentimentalmente, con una cierta época y una cierta forma de entender el cine.

Casis se vale también de un eficacísimo recurso para suscitar la colaboración activa del lector. Sus paisajes, sus personajes, las situaciones, los objetos -tan importantes en toda obra casiana (una pipa, un libro antiguo de rara edición, una carta de tinta desvaída, una vieja pluma estilográfica, un portafolios...)- aparecen y desaparecen en las distintas historias -incluso en los distintos libros- tejiendo una densa trama de interacciones que suscita una obligada cooperación de quien lee, mediante el constante recurso al salto atrás. Estos y otros hallazgos de la más exigente modernidad arrasan constantemente el mundo convencional que se nos describe, por la irrupción, de pronto, de un desorden. Por la irrupción de un despropósito, de un sueño, o de una memoria recuperada. Por la eclosión del subconsciente, del caos, de la locura o de la propia muerte.

Casis, atípica andadura de escritor -un "Aduanero Rousseau", diríamos, insertado en la literatura- muestra asimismo atípicas maneras literarias. Pasa ampliamente de cualquier sometimiento servil a "lo que se lleva este año". Indaga con perseverancia y sin aspaviento en las lecturas que nutrieron su fantasía adolescente. Y no tiene ningún empacho en transitar con naturalidad por un escenario narrativo amueblado con sus fetiches personales y sus obsesiones de bibliófilo y de devorador de películas y poblado por sus colecciones, sus fantasías y sus mitos. Casis amasa cadenciosa y tesoneramente una obra literaria sencilla y humildemente. Y de pronto, como del rayo, en medio-mitad de lo cotidiano, nos descubre la sustancia de la que están hechas las pesadillas. Nos coloca en el centro de la más convencional de las rutinas un inexplicable e inequívoco presentimiento del pánico.

Lo dicho. Igual hacia Magritte. Conviene no olvidarlo.

Miguel Ángel Roperó